

XVI Curso de Formación en Doctrina Social de la Iglesia

LA ACTUAL SITUACIÓN DEMOCRÁTICA DE ESPAÑA. SU BASE MORAL

10 - 13 de Septiembre de 2007
www.insituto-social-leonxiii.org



EL PLURALISMO CULTURAL EN LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA COMUNIDAD POLÍTICA

José Sánchez Jiménez
Universidad Pontificia de Salamanca
Campus de Madrid

En los albores del siglo XXI, la humanidad se enfrenta a una crisis mundial, marcada por el aumento de la pobreza en el mundo lleno de desigualdades, por la degradación del medio ambiente y por una falta de visión en las ideas políticas. La cultura puede desempeñar un papel clave en la resolución de esta crisis. Por ello, la UNESCO ha decidido elaborar un nuevo instrumento, el Informe Mundial sobre la Cultura, que proporcione un análisis de ámbito mundial en el que puedan basarse las nuevas políticas. (Federico Mayor Director General de la UNESCO (*Informe Mundial sobre la cultura, 1998*))

Mi punto de partida, la aportación a esta búsqueda, la que el título de la ponencia plantea, será la de un historiador; una persona que ve en el presente la constancia, la presencia y la permanencia de un pasado, al que se mira con atención y seriedad en la espera, siempre, de que su comprensión y explicación ha de valer para la mejor aproximación y proyección del mañana.

Me van a permitir, pues, que me refiera en un primer momento a un historiador, hace poco tiempo fallecido con más de noventa años, el jesuita Padre M. Batllori, que,

en 2001 accedía a que dos historiadoras catalanas reunieran sus recuerdos en una jugosa obra, *Recuerdos de casi un siglo*, que nos ha permitido y sigue facilitando “mirar al pasado” de una forma similar. Para el P. Batllori, y ése va a ser nuestro punto de inicio, “el conocimiento histórico está lleno de dudas e incertidumbres”. El había aprendido y, cada vez más y mejor, sabía situarse en medio de una “crisis de certezas”, dado que “todas las aseveraciones históricas, o no históricas, parecen susceptibles de duda”, que nos aboca a un “agnosticismo científico general”. Todas las ciencias humanas – concluía- son aproximaciones: “Ni la historia ni las otras ciencias conducen a soluciones exactas o totalmente ciertas, sino hacia soluciones más bien aproximativas”¹.

Posiblemente por ello pudo y supo, desde su “duda historiográfica”, aventurar la investigación de la verdad a partir de la aproximación de los conceptos de *civilización* y de *cultura*, del acercamiento entre las ciencias puras y las ciencias sociales; para concluir con convicción y optimismo que “la cultura del siglo XXI, y también la de todo el tercer milenio, se configurará a través de una intercomunicación de las culturas”².

Este *pluralismo cultural*, que subyace y exige la “intercomunicación de culturas”, fue aclamado e interpretado por la UNESCO, en su 31ª reunión internacional, celebrada en París en noviembre de 2001, como alegato y prueba de que la *cultura* -que “debe ser considerada como el conjunto de los rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias”-, adquiere formas diversas, y cada vez de manera más amplia y profunda, a través del tiempo y del espacio³.

¹ . M. Batllori, *Recuerdos de casi un siglo*, (recopilados por C. Gatell y G. Soler) El Acantilado, Barcelona, 2001, págs. 352-353.

² . *Ibidem*, pág. 394. “Los que hemos vivido casi todo el siglo XX, esperamos –no adivinamos, porque los historiadores no somos futurólogos- que el siglo XXI sea mejor. Los avances serán mucho mayores, algunos tan sólo como el desarrollo de los que conocemos y otros que hoy en día no podemos ni prever” [...] Al final no es el pesimismo el que triunfa, pero tampoco el optimismo absoluto. La vida está entre Heráclito y Demócrito, entre el llanto y la risa, entre la armonía y la desarmonía. También este nuevo siglo llegará a tener una armonía entre los elementos más desarmónicos, que en estos momentos desconocemos (págs. 395 y 397).

³ . UNESCO, *Declaración universal de la UNESCO sobre la diversidad cultural* (Paris, 15 de octubre al 3 de noviembre de 2001)

“Esta diversidad -continúa el informe de la UNESCO- manifiesta la originalidad y la pluralidad de las identidades que caracterizan los grupos y las sociedades que componen la humanidad”; y la diversidad cultural, “fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, es, para el género humano, tan necesaria como la diversidad biológica para los organismos vivos”. En este sentido, constituye el patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras.

La *diversidad*, pues, conduce al *pluralismo*; porque “en nuestras sociedades, cada vez más diversificadas, resulta indispensable garantizar una *interacción armoniosa* y una *voluntad de convivir* de personas y grupos con identidades culturales, a un tiempo, plurales, variadas y dinámicas. Las políticas que favorecen la inclusión y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz”⁴.

Definido de esta manera, *el pluralismo cultural*, mejor dicho, la admisión e incluso la apertura abierta y generosa al mismo, como vía de enriquecimiento material y espiritual, constituye la respuesta política al hecho de la *diversidad cultural*. Inseparable de un contexto democrático, *el pluralismo cultural* es propicio a los intercambios culturales y al desarrollo de las capacidades creadoras que alimentan la vida pública. O dicho de otra manera, sin la admisión y sin la práctica política de este *pluralismo cultural* resulta inviable, al menos sin grandes fracasos, fallos y vacíos, la *construcción social* de la *comunidad política*, referida en el título de la ponencia.

Más problemática, sin embargo, resulta la *construcción social* aludida; posiblemente porque las sociedades hoy funcionan dentro del marco político que les viene dado; y porque la fuerza con que el poder político actúa, gracias, sobre todo, al uso de instrumentos y modelos tecnológicos cada vez más acusados y definitivos, y a la apuesta por un ejercicio de mando igualmente eficiente, nos lleva a concluir que la política, conforme a la expresión de W. Churchill, “lo puede todo”. Tras la caída del socialismo real, y una vez reafirmado el dominio, hegemónico en la práctica, de las llamadas “leyes del mercado”, el papel de los gobiernos es fundamentalmente el de la

⁴. *Ibidem*, artículo 2.

defensa de estas leyes, de modo que cualquier tipo de intervención, de no ser a favor de este nuevo “dogma”, será interpretada, juzgada y preterida hasta los límites con que, hoy por hoy, resulta normal e incluso bien visto, dudar, reducir e incluso, hasta donde resulte viable, anular el llamado “Estado de Bienestar”. El “primado” de la política resulta ser, como ha señalado Dahrendorf, no sólo un “hecho histórico” sino “una meta deseable⁵”.

Es cierto que las sociedades, en Occidente al menos, aunque no de forma homogénea, trataron y, a veces, tratan aún de defenderse ante los abusos del mercado y las interferencias estatales o gubernamentales en la ordenación pacífica de la convivencia; pero no lo es menos que esta defensa de los ciudadanos, que precede de hecho a una colaboración constructiva de los mismos en el hacer y el vivir, se pudo, si no conseguir, al menos exigir y ordenar, a lo largo del siglo XX, en medio de conflictos, resistencias, y avatares de diverso tipo, incluso bélicos.

Resultaba más rentable acceder a determinadas exigencias y propuestas que venían auspiciadas desde sindicatos que enfrentarse a conflictos de diverso orden y matiz; y cuando parecía que las democracias se iban instalando de forma relativamente pacífica en el mundo occidental mediante avances y progresos por lo general ligados a mejoras económicas típicas de una sociedad de masas, surgían de nuevo dudas, interpelaciones, escándalos, noticias de abusos y crímenes, y al final guerras antes no imaginadas, ante los que apenas podía hacerse otra cosa que culpar a los poderes públicos, políticos o fácticos; y vivir unas experiencias de incapacidad, olvido o renuncia a ser optimista e incluso feliz.

Crisis de certezas y apogeo de incertidumbres y dudas.

Parece sorprendente que en una sociedad en la que todo viene previsto, en la que incluso la prospectiva se hace natural y acostumbrada, en la que lo no proyectado

⁵ . “El político británico que declaró categóricamente, comenta R. Dahrendorf, que en su opinión no hay poder económico porque todo poder es político tal vez haya exagerado un poco. Pero la política constitucional y más comúnmente la política “extra-ordinaria” pueden desalojar los intereses económicos e incluso las posibilidades económicas de lucro, y de hecho lo hacen”. R. Dahrendorf, “Sobre los entrecruzamientos de economía y política”, en *El recomienzo de la historia. De la caída del muro a la guerra de Irak*, Katz, Buenos Aires 2006, pág. 97.

tampoco puede ni debe conseguirse, se siga insistiendo e incluso viviendo una “crisis de certezas” y el “apogeo de dudas e incertidumbres” en otras ocasiones inexistentes o positivamente conducidos. A esta crisis y a estas incertidumbres aludía el texto de M. Batllori más arriba señalado; y en ellas continuamos viviendo; aun cuando parezca ajena al desarrollo de las sociedades cualquier hipótesis, realidad o motivo que no se hallen previamente controlados.

Cuando no sucede así; cuando nos sorprenden *crisis* o cuando, lo que es peor, se precipita, por ejemplo, la inseguridad natural o provocada, el delirio terrorista, parece olvidarse que en la vida, si se pretende aunar seguridad y libertad, se impone y domina la búsqueda de la primera; aun cuando se reitere el propósito de hacer converger –aún más, hay que luchar por su convergencia- la búsqueda de *bienestar económico*, una *cohesión social*, siquiera suficiente, y la *libertad política* necesaria, imprescindible, que haga viable el acceso a las dos anteriores.

Casi nunca se accede a las tres de manera equilibrada; y ese es el motivo que lleva al sociólogo R. Dahrendorf a referirse a la “cuadratura del círculo”, cuando trata de dilucidar cómo habría de ser la sociedad que él lleva muchos años considerando e incluso proyectando como más justa, más estable, más equilibrada: aquella en que, sin renunciar a los supuestos liberales, se continúe apostando, entre otros valores, por un Estado de Bienestar que no mengüe las libertades⁶.

Con casi total convicción cabría asegurar que en el presente, en esta hora de la *economía global* y del *individualismo feroz*, la modernización debe seguir los cauces trazados por la práctica de una globalización envolvente, que ha hecho saltar en pedazos los antiguos “modelos” de sociedad⁷.

⁶ R. Dahrendorf, “La cuadratura del círculo: bienestar económico, cohesión social y libertad política”, en *El recomienzo de la historia. De la caída del muro a la guerra de Irak*, Katz, Buenos Aires 2006, págs. 99 y sgtes.

⁷ Para D. Helad y A. Macgrew, “en esencia, el discurso de la globalización contribuye a justificar y legitimar el proyecto global neoliberal, esto es, la creación de un mercado libre global y la consolidación del capitalismo angloamericano”, *Globalización/antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 2003. Más definitorio, U. Beck, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998. Para el sociólogo alemán, no es otra cosa que “el dominio del mercado mundial que impregna todos los aspectos y lo transforma todo desalojando o sustituyendo al quehacer político, procediendo de manera monocausal y economicista, reduciendo la pluridireccionalidad, la nueva complejidad de la globalización, a una sola dimensión, la económica, la cual además, sólo se concibe linealmente, como una ampliación constante de los

A lo largo de los años ochenta y noventa, la vieja expresión, consolidada en la década anterior, *sociedad de masas*, se amplía; y resultará más idóneo hablar y referirse a la *sociedad global*, una vez que con la *globalización*, y tras la reorganización de la economía a nivel mundial, las transformaciones sociales y los cambios políticos pierden entidad y eficacia en favor de un *nuevo paradigma*: “Vivimos –comentaba recientemente el sociólogo francés A. Touraine- en una sociedad de continuos cambios, una sociedad de flujos más que de estructura, donde lo imprevisible es regla y todo se fragmenta; donde el dinero, los mercados y las guerras desempeñan un papel mucho más importante que las instituciones”⁸.

Porque los dos cambios más impactantes y más significativos, uno *político*, y el otro *técnico*, al menos en su origen, que han caracterizado los tiempos más recientes, van ligados a las *masas*, y han obligado a nuevas percepciones y a repentinos cambios en el enfoque y el análisis social de las mismas, precisamente porque su presencia, y su influencia más aún que su protagonismo, resultan imprescindibles para la captación y logro de sus resultados y derivaciones.

Me refiero, en primer lugar, a los efectos de la *caída del muro de Berlín* y a las secuelas fraguadas, y muy pronto notorias, tras la desaparición del socialismo real a partir de 1989. Tras los mismos, y con una prisa antes apenas imaginada, se asentaron más ampliamente y se generalizaron un feroz *neoliberalismo económico* y un no menos preocupante *neoconservadurismo político*, que acabaron destrozando, bajo el respaldo de una “globalización” mal entendida, las expectativas e incluso la esperanza de acceso a sociedades más justas, menos desiguales y menos marginadoras o excluyentes⁹.

condicionamientos impuestos por el mercado mundial. Las otras dimensiones de la globalización, las ecológicas, culturales, políticas y sociales- se marginan o se obvian, considerándolas de poca relevancia y/o subordinándolas a la llamada globalización económica. Aquí está el núcleo ideológico de la globalización: Además de eliminar la distinción fundamental de la primera modernidad entre política y economía, la sociedad mundial se reduce y falsea en términos de sociedad mundial de mercado”. Parece entonces que debe ser tan inevitable como necesaria la imposición del régimen de mercado mundial como el sistema regulador de las actividades humanas; y de esta manera, el Estado mismo, la sociedad, la cultura, la política exterior, etc.; todo en definitiva, había de ser tratado como una empresa. Así se favorecería el llamado “imperialismo de los intereses de la actividad económica”. Tb. J. E. Stiglitz, *El malestar de la globalización*, Taurus, Madrid, 2002, espec. págs. 31 y sgtes.

⁸ . A Touraine, *Un nuevo paradigma. Para comprender al hombre de hoy*, Paidós, Madrid, 2005.

⁹ . V. Navarro López, *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar*, Ariel, Barcelona, 2000. Tb. V. Navarro, *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Ariel, Barcelona, 2000, 3ª ed. ampliada.

En segundo lugar –y parece que se pierde ya en el tiempo, pese a su próxima extensión-, no conviene dejar de lado cuanto ha supuesto el acceso generalizado a *internet*, la proliferación de la telefonía móvil y todos sus “derivados”, y, con ellos, la ampliación insospechada de una *sociedad de consumo*, siempre sedienta de más bienes y mejores satisfacciones, y hasta tal punto dominante que se hace materialmente imposible, sin amenazas de catástrofe, cualquier intento de marcha atrás¹⁰.

Me van a permitir que lo rubrique con una experiencia curiosa, que refiere en su libro *Un mundo desbocado*, el sociólogo británico, A. Giddens, asesor del que fue primer ministro, T. Blair:

“Una amiga mía estudia la vida rural de África Central. Hace unos años hizo su primera visita a una zona remota donde iba a efectuar su trabajo de campo. El día que llegó la invitaron a una casa local para pasar la velada. Esperaba averiguar algo sobre los entretenimientos tradicionales de esta comunidad aislada. En vez de ello se encontró con un pase de “Instinto básico” en video. La película en aquel momento no había ni llegado a estrenarse en Londres”¹¹.

Pura anécdota, quizás; pero clarividente a la hora de constatar cómo la *sociedad de masas* se articula, y cómo es, por encima de todo, una *sociedad de consumo*; que se viene fraguando y creciendo desde el último cuarto del siglo XIX, que es cuando el *desarrollo tecnológico*, al hilo del gran capitalismo, próximo a inaugurar su fase imperialista, se convierte en el *gran aliado de los poderes económicos y políticos*, bajo la directriz de las grandes potencias que guían el hacer, el discurrir, el pensar, e incluso conductas y costumbres a nivel mundial¹². Cuando, a fines del siglo, el presidente McKinley felicita a los norteamericanos con motivo del nuevo año y siglo, hace la

Especialmente el capítulo 5, de sugestivo título: “¿Es la globalización económica y la tecnologización del trabajo la causa del paro? La importancia de lo político”, págs. 203-235.

¹⁰ . J. L. Sampedro, *El mercado y la globalización*, Destino, Barcelona, 2002. “En nuestro días –comenta J. L. Sampedro- el sistema económico mundial, resultado, por supuesto, del pasado inmediato, aparece condicionado fuertemente por dos grandes factores: el **tecnológico** y el **institucional**. El primero es consecuencia del progreso de la informática, especialmente de la innovación representada por Internet, cuyos efectos no se han desplegado aún por completo al gran público, pero cuyo vasto alcance ha convertido ya ese instrumento en característica fundamental de nuestro tiempo y hasta en pieza clave de la denominada **Nueva Economía**” (pág. 52).

¹¹ . A. Giddens, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Madrid, 2000 (ed. original de 1999), pág. 20.

¹² . J. K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Ariel, Barcelona, 1958.

constatación y lanza la profecía que acabó dominando el siglo XX: “Somos la despensa del mundo; y nos estamos preparando para convertirnos en su fábrica”¹³.

Los productos americanos inundaban entonces ya Europa; y el acceso de las masas trabajadoras a un bienestar material nunca antes conocido acabaría influyendo en la homologación, o confusión, más eficiente entre *progreso humano* y *crecimiento económico*, de modo que resultó luego muy fácil y placentero convertir la *felicidad* en sinónimo del *consumo*¹⁴.

Por ello, cuando se trata de hacer rápido balance del siglo XX, resulta frecuente y habitual resumirlo como el siglo del *progreso económico* y de *la sociedad de consumo de masas*. No pasa de ser, sin embargo, este intento una síntesis tan excesiva como peligrosa, dada la facilidad pasmosa con que actúan los mensajes publicitarios así como su capacidad de actuar sobre los comportamientos.

Porque, de hecho, la *nueva sociedad* y las *nuevas maneras de vivir* van ligadas a las grandes transformaciones mundiales que a partir de los años setenta del siglo XIX se amplían y divulgan: lucha victoriosa contra la mortalidad, mejoras inimaginables de la esperanza de vida, aumento, abaratamiento y ampliación de bienes de subsistencia, incremento y ampliación de las grandes fábricas, desarrollo y abaratamiento de los transportes terrestres y marítimos, ampliación y dominio del capitalismo financiero, reparto del mundo entre las grandes potencias a partir de políticas imperialistas, extensión del sindicalismo a nivel occidental, crecimiento y perfeccionamiento del Estado, que apuesta por una política intervencionista como forma de evitar los conflictos sociales organizados, que ni siquiera la Internacional Socialista podía ya instrumentalizar y llevar a buen puerto, etc.¹⁵

Pero, no fue menos importante el auge de unos *medios de información y comunicación* antes inimaginables: telégrafo y teléfono colaborarán a un control del

¹³ . G. Dupeux, “El modelo americano”, en P. Leon, *Historia Económica y Social del Mundo. 5. Guerras y crisis 1014-1947*, Zero-Zyx y Encuentro, Madrid, 1979, págs. 197 y sgtes. En expresión de Dupeux, “se fue configurando la imagen de una nación que parecía haber resuelto los problemas del crecimiento económico y de la armonía social dentro de una prosperidad que el resto del mundo se mostraba impaciente por compartir” (pág. 197).

¹⁴ . H. Brogan, “Estados Unidos, 1900-1945”, en M. Howard y W. Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1999, págs. 212-222.

¹⁵ G. Tortella, *La revolución del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, caps. I y II; más en concreto, págs. 17-32, 51-53 y 56-60. Tb. J. Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del tiempo presente*, Alianza, Madrid, 2004, esp. el capítulo 7: “Un mundo llamado global”, págs. 289 y sgtes.

espacio y del tiempo, que se verán muy pronto potenciados por la difusión y la ampliación de la prensa de gran tirada, de la radio y el cine.

Bajo el signo y el poderío de este último se irán luego agrandando los demás *medios de comunicación de masas*, tan imprescindibles a la hora de homogeneizar o, cuando menos, relacionar provechosamente conductas y culturas¹⁶. Fue lo que más hondamente prendió en una cultura dominante que vendía y publicitaba su “producto” cantando las alabanzas de una “sociedad abierta”, que daba entrada y cobijo a culturas diversas, y que luchaba incluso por la implantación de unos “valores comunes”: todos estaban llamados a este paraíso; y a todos se les había de dar entrada en este “banquete”, defendido y coronado como un derecho universal; un derecho a la vez humano y ciudadano necesitado del parapeto de una “declaración universal”.

Sociedades abiertas, pluralismo cultural y valores comunes

No obstante, al principio de los años ochenta el sociólogo alemán R. Dahrendorf, en un sugestivo libro, *El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad*, se preguntaba por los nuevos retos de la sociedad postindustrial, por los derechos de ciudadanía y su escasa cobertura a nivel mundial:

“Una vez que los derechos de ciudadanía son casi generales, las disparidades por alcanzar esferas vitales determinadas ocupan el lugar de las demandas generalizadas en pos de los derechos sociales, políticos o civiles. La gente lucha porque se reconozcan a las mujeres derechos comparables a los de los hombres, o contra la contaminación, o incluso por el desarme, pero lo hacen desde una base común de ciudadanía. En tal sentido, los movimientos sociales se forman estrictamente dentro de los límites de la sociedad civil. Incluso la desobediencia civil tiene sentido solamente cuando se puede dar por supuesto un marco firme de derechos civiles -y la obligación de obedecer la ley (...)

¿Por qué los que llevan mucho tiempo en paro o los pobres persistentes no unen sus fuerzas y marchan contra sus ciudades para pedir su porción

¹⁶ . J. Sánchez Jiménez, *Los mass media*, “Historia 16”, *Cuadernos del mundo actual* (42), Madrid, 1994, 31 págs. Tb. del mismo autor, *La sociedad postindustrial*, “Historia 16”, *Cuadernos del mundo actual* (91), Madrid, 1995, 31 págs.

completa de ciudadanía? ¿Por qué no hay, al menos, un partido de los parados, o un partido de los pobres?”¹⁷

Su interrogante no era nuevo; y la búsqueda de respuestas en una sociedad dominada por la programación y la prospectiva, volvía a escena, con dudas e incertidumbres, una vez que la quiebra del socialismo real dejó a las democracias liberales tan decididamente seguras de su futuro que se llegó a hablar, a escribir y a divulgar, como hiciera F. Fukuyama, sobre “el final de la Historia”.

El historiador inglés E. Hobsbawm, llegó entonces aún más lejos, y rompió de hecho el acostumbrado optimismo que había dado base a su discurso histórico: “La historia de los veinte años que siguieron a 1973 –comentaría- es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis”(…) nadie sabía cómo enfrentarse a las fluctuaciones caprichosas de la economía mundial ni tenía instrumentos para actuar sobre ellas”¹⁸.

Cierto que la sociedad industrial en la que vivimos -había afirmado R. Aron, en el inicio de los años sesenta-, y que fue prevista por los pensadores del último siglo básicamente democrática, lo es habitualmente, si no necesariamente, en el sentido de que no excluye, teórica y constitucionalmente, a nadie de la ciudadanía y tiende a ofrecer a todos un bienestar material¹⁹.

Pero la preocupación de Aron iba, pese a todo, mucho más allá. Se interesó por el *futuro de la sociedad industrial*; tuvo en cuenta el devenir de las economías europeas una vez que se iniciara la detención, o la *ralentización*, del crecimiento; siguió insistiendo en la tendencia de las *sociedades industriales* a convertirse en *sociedades de clases medias* a partir de la reducción de las desigualdades de renta; y acabó deduciendo que *la clave de la historia económica moderna es el progreso técnico*.

Pese a la aproximación real de su pronóstico, los años ochenta han venido a confirmar que el *progreso técnico* ha sido insuficiente. La crisis de los setenta -y en ello

¹⁷ . R. Dahrendorf, *El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad*, Mondadori España, Madrid, 1.991, págs. 189-90.

¹⁸ . E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995; todo el capítulo XX: “Las décadas de crisis”, págs. 403 y sgtes.

¹⁹ . R. Aron, *18 lecciones en torno a la revolución industrial*, Seix-Barral, Barcelona, 1972. Tb., del mismo autor, *Memorias*, Alianza, Madrid, 1983.

se va logrando cada vez más unanimidad- pudo ser reducida o superada cuando la Administración del Estado creció de tal manera que, prácticamente en todos los países de la OCDE, más de la cuarta parte de su población conseguía acceder y disfrutar de empleos de tipo funcional. Esta tendencia fue en aumento a lo largo de los ochenta, cuando, pese a las apariencias y a las justificaciones desde el poder, continuó creciendo más y más la actividad gubernamental, de modo que puede asegurarse, casi sin temor a la duda, que el viejo poder del pueblo, base de su soberanía y de sus decisiones mediante el voto múltiple -nacional, regional, municipal-, había sido sustituido, mermado o incluso disimulado por *el poder de la burocratización*.

Todo, comentará Dahrendorf, queda sometido “a la sutil tortura de la burocracia”:

“Los valores de la seguridad y el ascenso metódico, del trabajo asegurado, aunque no muy pesado, y una impersonalidad calculable de las relaciones de autoridad han tendido a configurarse como valores preferidos de la gente de muchas profesiones, incluso en sociedades en las que la supervivencia de la mayoría depende de la ubre del gobierno... La vida dentro de la Administración puede no ser excitante ni incitadora, puede que no ofrezca muchas oportunidades para innovar y realizar carreras inusuales, pero es una notable realización social que satisface muchas aspiraciones”²⁰.

Cuando se pensaba precisamente, y se proyectaba un *Estado social*, progresivamente abierto a unas políticas sociales modernas, que insistían en la ampliación y calificación de niveles de vida y de educación, transferencias de rentas hacia grupos peor dotados, mejores cuidados médicos para todos, etc., con vistas a la conquista y ampliación de los derechos de la *ciudadanía social*, se iban precipitando los costes al par que aumentaban las necesidades, crecía el número de jubilados y su permanencia en forma de “clases pasivas”, y se instaba a la imperiosa necesidad del estancamiento, cuando no en la reducción, de los gastos públicos.

Para hacer realidad todas estas intenciones había sido necesario ampliar sobremanera la *burocracia* en unos Estados que se convirtieron en los primeros, seguros y crecientes *empleadores*. Y como, con la crisis de los setenta apenas superada, resultaba imposible el mantenimiento, y menos aún el aumento, de este proceso, fue surgiendo, a la vez, una conciencia, cada vez más ampliada, de *crisis de la democracia*.

²⁰. R. Dahrendorf: *El conflicto social moderno*, pág. 159.

El debate en torno al *crecimiento económico* dejó abierto el camino a otro mucho más trascendental: *el debate sobre la gobernabilidad*, que al final de los setenta y a lo largo de los ochenta acentuó las preocupaciones. Todos comenzaron a constatar que el *bienestar personal* se hallaba ligado, o dependía, del *bienestar del país*, precisamente cuando los gobiernos resultaban inhábiles para atajar la inflación sin reducir al mismo tiempo expectativas de crecimiento y bienestar social, y de mantenimiento de puestos de trabajo²¹.

La *inflación incontrolada* generó no tanto *protestas* como la total *desilusión colectiva*; y de un clima de *Estado de bienestar*, sustitutivo del viejo *Estado-Providencia*, se pasó a una esperanza, a una expectativa, o a una exigencia, si de ello dependiera un mejor futuro, de *menos gobierno*. Si éste seguía insistiendo en un intervencionismo fiscal, en una legislación laboral restrictiva al despido, en una promesa de mejora de los servicios sociales a partir o a través del Estado, el mundo empresarial acabaría amenazando con abandonos de empresas o en nuevas ubicaciones en espacios menos exigentes, más baratos y económicamente compensatorios. La promesa de una baja de impuestos fue general y habitual en todo programa político de cualquier signo; y la privatización de empresas públicas y de servicios sociales de todo tipo fue y continúa común a gobiernos de cualquier signo o matiz. Las “nuevas seguridades” preceden incluso a la extensión de libertades durante mucho tiempo consideradas inexcusables.

Se comprueba con evidencia que la mayoría de los seres humanos -si se exceptúan los grupos privilegiados del *primer mundo*, los que acumulan riqueza y trabajo bien remunerado y fijo-, son pobres y desgraciados. Y se confirma sin apenas resistencias ni escándalo alguno que esto retrasa sobremanera el ya viejo reto de conseguir *una sociedad civil mundial*.

Resulta así oportuno retomar la última obra de A. Touraine, *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*²². Las condiciones de vida de las instituciones

²¹ . “La autonomía del Estado – comentaba Touraine- respecto de los centros de decisión económica se hace más débil en todas partes y con frecuencia desaparece”. A. Touraine, *La sociedad postindustrial*, ya cit., pgs. 6-11).

²² . A Touraine, *Un nuevo paradigma. Para comprender al hombre de hoy*, Paidós, Madrid, 2005.

políticas y sociales se han transformado empujadas por un conjunto de nuevas reglas y costumbres que los ciudadanos han tomado como suyas en un espacio de tiempo que asombra a muchos por su brevedad. Y ese cambio requiere, para Touraine, una nueva manera de pensar la sociedad; un *nuevo paradigma* que, sin duda, aparece cargado de incertidumbre. Incluso parece este ensayo una continuación de otro, cuyo título es lo suficientemente sugerente y hasta provocador: *¿Podremos vivir juntos?*²³. Sin embargo, no todo es pesimismo en el sociólogo francés, a punto de cumplir sus ochenta y tres años. Sobre el individualismo se eleva el deseo del ser humano de constituirse en actor y sujeto de su propia existencia; y dicho sujeto es capaz de crear instituciones y “reglas de derecho” que sostengan la urdimbre de su propia libertad y de su creatividad.

Familia e instituciones educativas constituirían –y es su conclusión y sugerencia– dos ejes básicos sobre los que construir un nuevo dinamismo social, en el que las mujeres habrían de desempeñar un papel crucial, capaz de recomponer lo que el modelo occidental ha destruido.

En una entrevista relativamente reciente, Alain Touraine se pronunciaba y optaba por un nuevo paradigma; el *paradigma cultural*: “El social ya no sirve, por dos grandes razones: una, la globalización, que significa que la economía se reorganiza a nivel mundial, y no hay más instituciones a ese nivel. Se desvincula la economía, que ahora es global, de lo social, cultural y político. La sociedad que vivimos está deshecha entre *golden boys* que viven la economía sin sociedad, otros que viven más o menos y, finalmente, masas excluidas, marginales”:

*“En un mundo en movimiento imposible de controlar, ¿qué tenemos para defender nuestra identidad, autonomía o libertad? Hoy todo está controlado, fabricado, sólo tenemos un principio de resistencia y de legitimidad del comportamiento: defender mi derecho a existir como individuo y no estar fuera del mundo. Los derechos primero fueron políticos, luego sociales y ahora culturales, ya sea el tipo de comida, el sexo, la religión o la manera de vivir. Vivimos una época donde las grandes preocupaciones no son conquistar el mundo sino crearse a sí mismo”*²⁴.

²³ . A. Touraine, *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, FCE, México, 1997.

²⁴ . *Un nuevo paradigma. Entrevista a Alain Touraine*; en www.atrio.org, 15-XI-2005

A pesar de todo, y no como falso consuelo, urge repetir y empeñarse en que los ideales son posibles y necesarios, en que el “resplandor de la esperanza” aún no se ha apagado, que siguen siendo imprescindibles los “indicadores utópicos” en el trayecto de la vida, y que, frente a la impotencia y la resignación, hay que abrirse a la acción de “horizontes más justos”²⁵.

Todavía hoy, en instituciones de tanto prestigio como el *Open Society Institute*, de G. Soros, cuando se habla de “la crisis del capitalismo global”, se le acaba acusando de poner en peligro la “sociedad abierta”; un “ideal” –ratifica- amenazado por igual por el comunismo y por el “fundamentalismo de mercado”²⁶.

Resulta entonces necesario, o cuando menos obligado, volver al viejo término y concepto de “sociedad abierta”, acuñado por K. Popper en los años de la Segunda Guerra Mundial, y actualizado por R. Dahrendorf en los aún recientes noventa, al retomar el análisis de los cambios, resistencias y conflictos devenidos tras la caída del muro del Berlín, y referirse al mismo, a la “sociedad abierta”, como “parámetro para el futuro”, una vez que la desaparición del socialismo real pudo interpretarse como el ocaso, el final definitivo, de las “sociedades cerradas”. Bien se pensase en el socialismo soviético, en el derrotado nacionalsocialismo, en las dictaduras de hoy, en los nacionalismos fundamentalistas, etc.; todos ellos resultan ligados a modelos que se organizan, según sus propios postulados, en torno a un orden jerárquico inmutable de las cosas, establecido fuera de la razón, y bajo el control de valores igualmente inmutables, en torno a concepciones previamente determinadas de las instituciones.

“Las sociedades abiertas, según las acota y define R. Dahrendorf, son sociedades que admiten el *ensayo* y el *error*”²⁷. Como él mismo matiza, es ésta la definición más simple del concepto; pero es la que mejor asegura la independencia frente a dogmas o incluso frente a “intereses sectoriales de la comunidad científica”:

No podemos estar seguros de cómo es la buena sociedad, sólo podemos proponer modelos de esa meta, modelos que posiblemente resulten

²⁵ . F. Velasco, *La esperanza como compromiso*, evd, Estella, 1990; especialmente el último apartado: “De cara al futuro”, págs. 208 y sgtes.

²⁶ R. Dahrendorf, *El recomienzo de la historia*, ya cit., pág. 168.

²⁷ . R. Dahrendorf, “Tres problemas de la sociedad abierta”, en *El recomienzo de la historia*”, ya cit., págs. 169 y sgtes.

inaceptables o inadecuados; debatir sus ventajas y desventajas es precisamente lo que constituye la vida en una sociedad abierta [...]

*La sociedad no sólo tiene historia, además es heterogénea. Mantener las puertas abiertas al ensayo y al error conduce en la esfera política a la democracia (...) Tiene que ser posible relevar gobiernos sin violencia, no menos que eso, pero tampoco más*²⁸.

Lo relevante aquí –remata- es la “idea de pluralismo”; dado que “los conceptos de democracia, economía de mercado y sociedad civil no deben inducir a nadie a creer que hay una sola forma institucional que les confiere realidad”.

Lo único esencial: “que haya reglas de juego que permitan conservar el proceso de ensayo y error”. Ya sea un sistema presidencialista, ya se trate de una democracia apoyada en parlamentos y referendos populares; incluso si en otro contexto cultural esto se manifiesta de modo diferente; “lo único que importa es que la transformación sin violencia sea posible”: “*El discurso crítico y el conflicto político son el elixir de la vida en un mundo en el que la gente no cesa de crear cosas nuevas, de revelar errores y de intentarlo una vez más*”²⁹.

¿Y los valores comunes? Porque a fines del siglo XX –y se sigue una vez más el discurso de R. Dahrendorf, “ha estallado un gran debate sobre los valores morales, y su papel en la economía, en la política y en la vida diaria”³⁰. La ética, continúa, no es una “ciencia exacta”, la gente tiene distintas preferencias; aun cuando resulte imprescindible la búsqueda, la aproximación y, si fuera viable, la coincidencia en lo que el sociólogo alemán considera como vías para plantearse el futuro:

Primera: No se trata de acceder a un “mundo perfecto”. Sería algo así como lograr la “cuadratura del círculo”: el perfecto equilibrio entre “bienestar económico”, “cohesión social” y “libertad política”. En la práctica se vio cómo su intento de imponerlo siempre fue forzado, hasta acabar en la catástrofe, en los totalitarismos e incluso en la guerra. Si el ideal no puede realizarse por completo, y los problemas y recaídas y conflictos se suceden, no conviene olvidar que los conflictos serán en el

²⁸ . R. Dahrendorf, *Ibidem*, pág. 170.

²⁹ . *Ibidem* ,pág. 179: En definitiva, se trata de asegurar el avance hacia “horizontes abiertos”: “Por eso, concluye, alentar la participación, alentar la actividad en general en la esfera pública es una de las primeras tareas de la reforma en interés de la creación de sociedades abiertas”. En resumen, sociedades multiculturales, de convivencia pacífica y en disposición de crear oportunidades para todos.

³⁰ . *Ibidem*, pág. 238.

futuro “fuente de progreso”, que habrá que canalizar, pero nunca detener. “Solo las sociedades abiertas pueden ser buenas sociedades”.

Segunda: en medio de una “sociedad de riesgo”, en la que con frecuencia se elude o atempera el “principio de responsabilidad”, lo más difícil y complicado es abrir la sociedad a las generaciones futuras; las encargadas de resolver no tanto algunos de los problemas que nos superan, cuanto lo que “los expertos predicen para el futuro”. “Tenemos que prever y considerar lo que les dejaremos a nuestro nietos, pero no queremos permitir que nadie nos prescriba a nosotros, los de ahora, lo que hay que hacer”.

Tercera: ¿con qué posturas enfrentamos los problemas? Las que hoy dominan, según la categorización de E. Gellner, son la del relativista, la del fundamentalista y la del puritano ilustrado. El *relativismo* se ha apoderado del mundo; y el *todo vale* ni personal ni colectivamente conduce a la “cuadratura del círculo” referida; aun cuando resulte fácil contentarse con el logro de dos de las tres metas aludidas: “prosperidad y cohesión sin libertad, prosperidad y libertad sin cohesión social, solidaridad y libertad sin prosperidad”³¹.

*El fundamentalismo... es la peor de todas las respuestas. La cohesión que impone por la fuerza priva a los individuos de sus libertades fundamentales y necesariamente termina recortando también las oportunidades económicas. El proteccionismo, la limpieza étnica y la dictadura no sólo son malas recetas para el intento de cuadratura del círculo; a la vez destruyen la sociedad civil y la fuerza del mercado como fuente de generación de bienestar*³².

Los interrogantes y las expectativas de la construcción social

³¹ . *Ibidem*, pág. 239.

³² . *Ibidem*, pág. 239. Vuelve entonces a lo que viene siendo, a lo largo de los últimos treinta años, .su aliento y su ética esperanzadores: “Vivimos –concluye- en un horizonte de incertidumbres, no podemos saber con seguridad qué es correcto y bueno y justo, sólo podemos intentar averiguarlo; intentar significar error, y nuestras instituciones tienen que encargarse de que los errores puedan corregirse. Pero, sobre todo, jamás debemos cejar en el intento de mejorar la calidad de vida de la gente”.

Se está dejando de hablar en la presente década de instituciones políticas y económicas (de democracia y de economía de mercado); y crece el interés por los valores y por su carácter vinculante en el plano social. Se platica hoy más de confianza, lo que más falta; y se abren las expectativas hacia respuestas morales y éticas como antídoto al veneno que corroe las instituciones democráticas: la *falta de confianza*, y la respuesta a las perniciosas *formas de corrupción* que nos envuelven a todos, en primera instancia al espacio político.

La *economía de mercado*, sujeta o dirigida a la satisfacción de intereses particulares, está igualmente falta de reglas en las que gente pueda confiar. Quizá por ello se hable ahora tanto de “capitalismo éticamente responsable”; se insista en la “dimensión ética de la política exterior”, por lo general condicionada por supuestos económicos, o se recurra una y otra vez a considerar el quehacer de la “ética” en la sociedad del riesgo, etc.

De lo que no cabe duda es de la “falta de apoyo” que la gente siente. Los “valores comunes” son necesarios; pero su ajuste requiere situarlos -“sujetarlos”, indica Dahrendorf- a “factores socioestructurales”, sean económicos o políticos; a las “culturas dominantes” y a los grupos que las definen y dirigen: las “elites” que marcan las directrices de las sociedades.

Tanto R. Dahrendorf como A. Giddens, el sociólogo inglés, inventor de la “Tercera Vía” que encauzó la política de T. Blair y del canciller alemán G. Schröder, se refieren a ello cuando hablan de embridar el “fugoso caballo” de la “globalización” y los consiguientes desafíos que el fluir de la misma impone a *un mundo desbocado*; en referencia, metafórica, al “caballo que sale galopando desbocado del establo, también la locomotora sin maquinista lanzada a toda velocidad por las vías y el hijo, pronto pródigo, que se fue de casa”³³. “La frase, en expresión de Giddens, encierra sentimientos que muchos tenemos al vivir en un tiempo de cambios rápidos”. “Las cosas –remata en esta ocasión R. Dahrendorf- están fuera de control”³⁴.

³³ . R. Dahrendorf, *ob. cit.*; pág. 274. A. Giddens, *Un mundo desbocado...*, ya cit.

“El mundo que nos encontramos hoy –dice en la introducción- ... en lugar de estar cada vez más bajo nuestro control, parece fuera de él –un mundo desbocado-. (pág. 14). Más adelante, al tiempo que reconoce las dificultades, abre las puertas a la esperanza y al optimismo: “Nunca seremos capaces de ser los amos de nuestro historia, pero podemos y debemos encontrar las riendas de nuestro mundo desbocado” (pág. 17).

³⁴ . *Ibidem*, pág. 274

Un *mundo desbocado* es un mundo sin apoyo, al que nadie detiene en su camino; pero a la vez falto de control, sin dominio legítimo que lo oriente, una vez desvirtuados los lazos de la *religión* y la *tradición*, y bastante ajeno a la escala de *valores comunes*. De ahí, el ya referido *nuevo paradigma*, demandado por A. Touraine, que él cifraba en *familia* e *instituciones*; o la referencia de Dahrendorf a la demanda de gente joven que, optimista ante las oportunidades que les brinda la sociedad moderna, busca la *familia* como apoyo en un mundo que no lo tiene; o se interroga sobre un *soporte ético* que lo único que parece dejar claro es que “no debemos hacer todo lo que podemos hacer”, en referencia primordialmente a un progreso científico y a una investigación genética dispuesta a construir o reconstruir el ser humano.

La combinación de intereses múltiples, políticos, comerciales, científicos y éticos, acaba generando, a falta de escalas de “valores comunes”, una “esquizofrenia moral”, desgraciadamente, en más de una ocasión y en más de un país, hoy prácticamente institucionalizada.

La dificultad de una respuesta, que no quede abstracta ni teórica, sino concreta y práctica, resulta complicada. Los jóvenes que reflexionan sobre su futuro -a los que alude R. Dahrendorf, y que se sorprenden de la falta de “apoyos”, que es la que obliga a referirse a un *mundo desbocado*-, son conscientes y anhelantes de una dirección determinada del pensamiento, que acoja conceptos tan queridos y necesarios como decencia, dignidad humana, equidad, tolerancia, confianza, responsabilidad. Y buscan, o es conveniente que lo hagan, que estas “representaciones de valores” se conviertan en “representaciones comunes”.

Estas escalas de valores no son, sin embargo, permanentes; no vienen asegurados de una vez para siempre. Se modifican; y, posiblemente ahora, todavía más, cuando los movimientos de poblaciones, las inmigraciones sobre todo, abocan a una *mezcla de culturas* que, para ser operantes y progresivamente beneficiosas, deberían dejar intactas ciertas libertades fundamentales: mantener la responsabilidad, vivir con las diferencias, vivir la tolerancia, etc.; en la seguridad y con la convicción de que, como confirma M. Walzer, “la tolerancia hace posible la diferencia; la diferencia hace necesaria la tolerancia”³⁵.

³⁵ . M. Walter, *Tratado sobre la tolerancia*, Paidós, Barcelona, 1998, pág. 13.

“Necesitamos por lo menos esforzarnos vivamente por encontrar escalas de valores comunes, también en el siglo XXI” -concluye Dahrendorf al apreciar, una vez más, “la actualidad de los valores comunes”³⁶.

El inconveniente, o mejor, la sorpresa e incluso la contradicción, se manifiestan cuando se habla de la “cultura global”, en el marco de imperialismo cultural de Occidente, que logró imponerse de modo aplastante a lo largo del último siglo y medio; prácticamente a partir del dominio norteamericano del mundo, iniciado tras la guerra de secesión, seguido en los años de gran capitalismo e imperialismo que siguen a la crisis de los años setenta del siglo XIX, y ratificado y ampliado a partir de las grandes guerras del siglo XX . Por ello, quizás, “la globalización cultural” –matiza Polly Toynbee, columnista en *The Guardian*- muchas veces no es más que sinónimo de americanización”³⁷.

Esta “americanización” de la cultura, de la vida, aparece por todas partes, y, tal como se indicó más arriba, se esparce por encima de las fronteras, de las culturas y las lenguas; sin dejar nada original, primitivo, salvaje, auténtico. Casi cabría decir que, al par que contamina, corrompe:

“El viajero que atraviesa las extensiones desérticas del Sáhara acaba llegando a Tombuctú, donde el primer habitante al que ve lleva una gorra de béisbol de Texaco. Los peregrinos que van al Himalaya en busca de contacto supremo con la naturaleza, en el reino mas lejano, se encuentran un Everest lleno de basura, latas bolsas de plástico, botellas de Coca-Cola y todos los restos del excursionista moderno. Los exploradores que recorren el Ártico se quejan de los botes vacíos de detergentes incrustados en el hielo...

La globalización es, en general, la difusión de la cultura, las ideas, los productos, los espectáculos y la política de Norteamérica”³⁸.

³⁶ . R. Dahrendorf, “Sobre la actualidad de los valores comunes”, en *El recomienzo de la historia*, cit., pág. 282.

³⁷ . P. Toynbee, “¿Quién teme a la cultura global?”, en A. Giddes y W Hutton, eds., *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Tusquets, Barcelona, 2001, págs. 269 y sgtes. Inicia su colaboración con una metáfora carga de ironía: “En ocasiones, parece como si una marea de la peor cultura occidental se extendiera por el mundo como un batido gigante de fresa. Qué manera de desparramarse sobre el planeta, dulce, empalagoso, homogéneo, lleno de números precedidos por la letra e, estabilizantes y glutamato monosódico, con idéntico sabor en Samoa, Siberia o Somalia” [...] “Este batido mental se esparce por encima de las fronteras, las culturas y las lenguas, y da un toque Disney a todo lo que encuentra a su paso. Da la impresión de que hace falta ser talibán para resistir”.

³⁸ . P. Toynbee, *ya cit.*, págs. 269 y 272.

Sería, no obstante, injusto, al par que falso, culpar a este país de todos los males del mundo, pese a la influencia total que su cultura y sus formas de vida han generado en todo el globo, a lo largo de todo el siglo XX, y, sobre todo, desde la explosión de *Internet*. El predominio, cuando no el monopolio, de los nuevos instrumentos de comunicación, de información y de innovación, en manos norteamericanas en primera instancia, se ha extendido y ha inundado en primer lugar aquellos espacios y aquellas gentes a los que parecen sobrarles “tradiciones” y se embelesan ante el alud de “novedades”, colaborando de forma tan rápida como inconsciente a desestabilizar otras culturas hasta dejarlas irreconocibles.

Urge, pues, tener siempre claro y aplicable la distinción entre lo que de bueno, de peligroso y de inevitable encierra la *globalización cultural*; lo que de la misma podría domesticarse y regularse en nuestro propio beneficio.

De entrada hay que aceptar que difundir más cultura significa diluirla; que nuestro enfoque de la *globalización* es profundamente etnocéntrico; que Occidente ha querido y sabido publicitar sus productos de manera que todos los demás ansíen arribar a los mismos; que incluso implícitamente cuanto pensamos, decimos y hacemos está difundiendo nuestra cultura política y social; y que consideramos, convencidos, que nuestra forma democrática de vida es mucho mejor que cualquier otra en la historia de la humanidad. “La democracia liberal de Occidente”, pese a todos sus defectos, hasta ahora es la mejor; y resulta ser “el único sistema, hasta el momento, que da la máxima libertad al mayor número”³⁹.

A pesar de todos sus fallos, “la inevitabilidad histórica está con nosotros y con la marcha hacia delante de la “cultura de los derechos humanos”; y esto conlleva un “grado mucho mayor de cultura globalizada”. Es, concluye esta autora, “el precio que hay que pagar”.

La “construcción social” de la “comunidad política” sólo podrá ser fehaciente y progresiva cuando se parte, se afirma y se esfuerza en extender y ampliar la fuerza beneficiosa de una *globalización pluricultural* de la que Occidente tiene “denominación de origen”, y debe impulsar su extensión por todo el mundo. De hecho, hasta

³⁹ . P. Toynbee, *ya cit.*, pág. 276. “Predicamos –añade- y luchamos para practicar una doctrina de libertad para las mujeres y el optimismo pluricultural, que está lejos de ser perfecto, pero que probablemente es el mejor que hay. La sociedad urbana moderna, a veces, puede ser atterradoramente libre, alienadora y solitaria, pero (para quienes viven por encima de la pobreza más absoluta) ofrece una grata escapatoria de las presiones sociales, la superstición, el patriarcado y la jerarquía”.

inconscientemente, somos “misioneros” de esta cultura, diversa y tolerante; y creemos que nuestros métodos son los mejores cuando se trata de asuntos verdaderamente importantes: la libertad, la democracia, la liberación, la tolerancia, la justicia y el pluralismo”; aun cuando este “mensaje de libertad” tarde más en llegar a los más lejanos rincones que las exportaciones menos atractivas e incluso más perniciosas, bien sea la botella de plástico usada o la “rapacidad codiciosa del capitalismo descontrolado”. A lo mejor es que no creemos lo suficiente en los derechos humanos como para seguir presionando en la difusión de la “cultura de la libertad”⁴⁰.

Existen, y a ellos nos referimos con más ahinco y asiduidad, aspectos de la globalización cultural, a los que debemos resistirnos y contra los que debemos luchar: contra una *cultura de libre mercado* desenfrenado; contra teorías económicas al servicio de una “codicia insaciable”, contra un *neoliberalismo dogmático* y ajeno a cualquier atisbo de sensibilidad social; contra *la codicia del crecimiento*, la producción y el consumo, ajenos a cualquier regulación legal, que, cada vez más, deberá por necesidad ser multinacional o mundial; contra *los nuevos monopolios*, habitualmente proyectados sin este ropaje, dadas las permanentes referencias legales a la defensa de la competencia; contra “el monopolio internacional con que se mercadean las grandes fuentes de cultura en el futuro: información, comunicación, educación y entretenimiento”⁴¹.

“La base de nuestra cultura, concluye P. Toynbee, la constituyen los derechos humanos, y de ese principio surge todo lo demás”⁴². Las nuevas tecnologías, sin embargo, abiertas y capaces de por sí de potenciar la conjunción provechosa de *diversidad y pluralismo*, han logrado, como resultado del mal uso, que la diversidad disminuya en vez de aumentar; y esta amenaza a la *diversidad cultural* reduce las actitudes y posiciones activas en favor de una convivencia en marcha hacia la “cohesión social”.

Las amenazas a la diversidad y a su potencial beneficioso parten de un mercado libre y apenas regulado, cuyo control queda en manos y al capricho, en primera instancia, de los magnates de prensa, radio y TV, que con poderes excesivos condicionan el hacer de Parlamentos, Gobiernos e instituciones supranacionales. Actúan, y la expresión es de P. Toynbee, como *depredadores globales*; aumentan

⁴⁰ . *Ibidem*, pág. 281.

⁴¹ . *Ibidem*, págs. 282 y sgtes.

⁴² . *Ibidem*, pág. 297

beneficios a base de una reducción de costes ajena al mejor servicio informativo; imponen lo que debe ser comunicado, al tiempo que impiden la competencia nacional o regional; están logrando, a pesar de las dificultades que ello conlleve, el control de *Internet*, y son capaces de aumentar cualquier producción al tiempo que favorecen la disminución del número de proveedores; y tienen casi a mano su triunfo a través de una llamada “homogenización cultural”, que consideran abordable y, desde su punto de vista, beneficiosa. “¿Es inevitable que la televisión norteamericana domine el mundo?” –se pregunta P. Toynbee, al observar como todos consumían *Dallas*, *Dinastía*, *Kojak* o *Friends*-. Habrá, pues, que aprender a protegerse contra el exceso de “homogeneización cultural”.

No conviene olvidar, tampoco, esa “cultura universal del consumo”, tan modélicamente organizada e instrumentada desde que existe *Internet*, o domina y se impone Microsoft, a partir de aquel lema que su fundador y dueño exhibía con la mayor de las eficacias, y que tanto juego y beneficio le viene generando: “haga que su producto quede obsoleto”; una forma de constatar la importancia, el auge y el triunfo de esa “cultura de los efímero”, característica del primer mundo y tan eficazmente atractivo para los demás.

Las luces y las sombras del “orden liberal”. Las identidades de la “comunidad política”.

En un sugestivo artículo publicado en el diario EL PAÍS, el domingo, 22 de noviembre de 2005, Ulrich Beck, profesor de Sociología en la Universidad de Munich, invitaba al lector a cambiar de “lentes” si quería aproximarse a un análisis, social y político, actual, de sociedades que, al igual que la francesa, entonces sometida y sorprendida ante la repetida práctica de incendios de automóviles a lo largo de los fines de semana en los suburbios de las grandes ciudades, forzosamente deberían atender a los *nuevos conflictos* que explicitan, y cada vez con mayor gravedad, las consecuencias de una exclusión social más grave que la habitualmente sojuzgada en forma de desempleo, pobreza, o situación y entorno marginales de los jóvenes hijos de los inmigrantes.

“África –afirmaba y constataba allí mismo- está en todas partes”. “Los ricos de antes –matizaba más adelante- necesitaban a los pobres para convertirse en ricos; en tanto que los nuevos ricos de la globalización ya no los necesitan”. Por todo ello, acabaría definiendo aquel sorprendente y preocupante evento francés -que ya existía antes de ser noticia, y que continúa permanente aun cuando haya dejado de serlo- con la frase y el mensaje que daba título a su ensayo: “la revuelta de los superfluos”.

Superada, pues, casi por completo, esa secular trayectoria de tensiones sociales dentro de un Estado nacional, no cabe interpretar o declarar hoy la pobreza sólo, y simplificada, como una “consecuencia de la explotación”. Ahora, y esto es lo más arduo y sorprendente, por encima de cualquier explicación referida a situaciones de conflicto, conforme a la acostumbrada referencia a lucha sindical o a huelgas de obreros en defensa de mejoras laborales y salariales, lo que se ve aumentar y se asevera cada vez más grave, es una “situación de desesperación sin salida”.

Estos jóvenes franceses sobran; no resultan ya necesarios. En definitiva, son “superfluos”; puesto que la sociedad y el Estado están dispuestos, o al menos así lo parece, a seguir funcionando sin ellos, de la misma manera que la economía “también crece sin su contribución”.

Desde la óptica del sociólogo alemán, esos jóvenes franceses que fueron noticia durante unas semanas, cuando exhiben sus formas de protesta atestiguan una contradicción cada vez más evidente entre su *integración cultural* y la *marginación social* que soportan, y que alimenta su odio y su predisposición a la violencia. La sociedad francesa de la *igualdad* los margina, y procura mantenerlos reducidos en *guetos*, en la periferia de las grandes ciudades.

Se precipita e impone, pues, y resulta obligada de manera inalterable, la adaptación, en más de una ocasión sorprendente y hasta punzante, a “nuevos modelos” productivos y espaciales, el ajuste a una vertebración económica y social que cada vez tiene menos que ver con el sistema económico y social que logró asentarse en Europa Occidental dentro de un esquema preferentemente socialdemócrata, tras la superación de los grandes siniestros heredados de la Segunda Guerra Mundial.

La *crisis económica* de los años setenta del siglo XX vino a denunciar cuanto se consideraba crecimiento indefinido. Tras las primeras zozobras, se trató de resolver

mediante un proceso de fuerte neoliberalización y de retorno al mercado; y trajo consigo una ascendente “crisis de lo público”, junto con el deterioro, asimismo progresivo, del Estado de bienestar. Las políticas sociales practicadas y fomentadas entraron igualmente en *crisis*; e incluso acabó denunciado por inservible y perturbador el habitual apoyo e intervención públicos que con sus estrategias expansivas del gasto, o incluso mediante la creación de empresas públicas, trataban de estimular el “pleno empleo” de todos los recursos económicos, incluido el trabajo.

Ese “modelo de política de empleo” venía orientado y justificado por la responsabilidad social de la desocupación; pero quedó sucesivamente reducido, cuando no anulado, en el proceso de privatización y mercantilización que se vino experimentando, de forma paulatina y en todos los ámbitos de la vida, como paso previo al desmantelamiento del Estado de bienestar keynesiano. Con una rapidez inusitada se fue imponiendo la ofensiva política al concepto de “lo público” frente a la acostumbrada intervención estatal, tan funcional como eficiente, en el suministro de servicios sociales, que procuraba asegurar a todos los ciudadanos de un Estado de la forma más amplia y más segura⁴³.

El trabajo dejaba de ser, entonces, “un fundamento de la ciudadanía”, para convertirse, y considerarse, “un simple elemento productivo”, ordenado a facilitar y suministrar la rentabilidad más favorable a la “acumulación económica” a la que sirve. Como señala L. E. Alonso, la tendencia es “hacia una remercantilización de todas las condiciones de uso laboral”, a su “individualización y conversión” en un contrato de servicio, hasta llegar a asimilarse a cualquier otro “tipo de transacción mercantil privada”.

El trabajo, en fin, más que un “elemento de mejora del bienestar”, se acaba considerando y actuando como “engranaje secundario en un esquema globalizado de reproducción de las estrategias mercantiles”⁴⁴.

La repercusión política fue inmediata. Las “actuales políticas públicas de trabajo” tendían a establecerse en la práctica no con la sociedad, sino con el mercado, del que dependerá en el futuro cualquier proyecto o esperanza de acierto, puesto que seguirá siendo la sociedad, en palabras del mismo autor, la que lo continúe surtiendo de personas preparadas y dispuestas:

⁴³. L. E. Alonso, “Trabajo y crisis del Estado de Bienestar: el empleo y la nueva sociedad civil”, *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada* (116), Madrid, 1999, págs. 35-68).

⁴⁴. *Ibidem*, pág. 39.

“Nos enfrentamos, por tanto, a un sistema educativo que genera cada vez más efectivos baratos para la reproducción mercantil en un entorno laboral precario y temporal, recursos humanos para una sociedad y una economía de servicios que precisa –para mantener sus altos niveles de rentabilidad empresarial- personal semicualificado y cualificado, pero con altos niveles de precarización, flexibilidad laboral y de vulnerabilidad estructural”⁴⁵.

Lejos, pues, de seguir fomentando, conforme las “políticas públicas” habían venido pergeñando y potenciando, unas *nuevas clases medias*, el elemento fundamental y justificativo de esas mismas “políticas”, comienza a percibirse, como resultado o consecuencia, pero con una incertidumbre ya de por sí agravante, “la crisis de las clases medias”. Éstas se desnutren y se fragmentan en ese nuevo “modelo” de “capitalismo monetarista”, alejado de valores como “el pleno empleo”, que provoca y vigoriza “una situación de segmentación y neoestamentalización social”.

Como sigue señalando L. E. Alonso, las funciones de tipo *Workfare* dominan sobre las de *Welfare*; los grupos sociales y profesionales estables y de altísimo poder, honor y reconocimiento social conviven con situaciones de subcontratación y pseudocontratación, que ayudan a mantener el volumen del negocio; el estamento medio-alto ligado a la “economía virtual y global” se abre paso a la “elite profesional del país“, al tiempo que bloquea a las jóvenes generaciones, forzadas a vivir “situaciones de fragilidad” en forma de (falsas) becas, contratos precarios y esperas meritorias⁴⁶.

“¿Cómo es posible la democracia –se pregunta reiteradamente U. Beck- más allá de la sociedad del pleno empleo?”. El capitalismo mundial que nos envuelve debilitó el conjunto de valores de la sociedad laboral; y acabó resquebrajando la alianza asegurada entre capitalismo, Estado asistencial y sistema democrático. El libre mercado no es la solución; sobre todo cuando reduce y menoscaba la capacidad del individuo de definirse como poseedor de un trabajo remunerado, que sigue considerando como el mejor método, camino e instrumento para combatir la pobreza, revestirse de certidumbre, afirmar su ascenso social y participar en la creación y mantenimiento de

⁴⁵. *Ibidem*, pág 40-41. Aclaratorio de todo este proceso, U. Beck, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona, 2000, especialmente págs. 78 y sgtes.

⁴⁶. *Ibidem*, págs. 42-43. De gran interés en este sentido, P. Montes, *El desorden neoliberal*, Trotta, Madrid, 1996;

una sociedad de orden. Como afirma V. Navarro, “la maldición bíblica según la cual sólo quien trabaja *come* se ha convertido en una moral del trabajo fundadora de la esencia humana: sólo quien trabaja *es...* persona”⁴⁷.

Para V. Navarro, la experiencia de los últimos veinte años en España ha demostrado que la *flexibilización* del mercado de trabajo no ha sido suficiente a la hora de resolver el problema del *paro*. En la práctica ha supuesto la mayor *penalización* del trabajador; e, incluso, más que a la resolución del problema del *desempleo*, ha contribuido a aumentarlo y a convertir el trabajo y su contratación en inestables y precarios⁴⁸.

A la hora de proponer alternativas, opta, pues, por “políticas públicas” generadoras de empleo. Pero no se refiere a las que se llevaron a la práctica en la España de los noventa y primeros años del siglo XXI -tras el fracaso acumulado en la Norteamérica de los años ochenta y primeros noventa, de reducción de impuestos sobre la renta y sobre el capital, en la espera de que acabaran estimulando el crecimiento económico y generando ingresos mayores al Estado-. Aquí, de forma más que evidente, estas medidas colaboraron al aumento del déficit y justificaron la reducción del gasto social; y permitieron constatar la relación inmediata entre la disminución de ingresos estatales y los recortes presupuestarios, sobre todo en educación e infraestructuras⁴⁹.

Las “identidades” de la comunidad política resultan, pues, condicionadas por la “cultura del nuevo capitalismo”, conforme a la expresión con que R. Sennett titula el tomo tercero de su trilogía⁵⁰.

⁴⁷. *Íbidem*, pág. 21. El trabajo remunerado va ser, a partir de la Edad Moderna, la base de la democracia. Ésta será y se definirá viva si cuenta con el *hacer* del “ciudadano trabajador”. El trabajo y el salario que genera dan contenido al derecho a la libertad. El derecho a la remuneración funda no sólo la existencia privada, sino también la política. Del trabajo remunerado depende, pues, el “futuro de la libertad política y la democracia en Europa”.

⁴⁸. V. Navarro, *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Ariel, Barcelona, 2000., págs. 283 y sgtes.

⁴⁹. V. Navarro, *El Estado de Bienestar en España*, Tecnos, Madrid, 2004, pág. 32.

⁵⁰. R. Sennett, *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2006. En la misma editorial: *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, 2000, y *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*, Barcelona, 2003.

¿Cabe, pues, entonces, referirse a la comunidad política sin atender a la realidad económica y cultural que condiciona su identidad más allá, o por encima, de su formalidad política estricta?

Enemigo, y previsor, del refugio en la nostalgia, el profesor Sennett, sociólogo y profesor de la *London School of Economics*, tras más de cuarenta años volcado en el análisis de los cambios del “nuevo capitalismo”, en este ensayo recrea y analiza las “metamorfosis del capitalismo”; y profundiza en la evolución de las instituciones, las competencias del individuo y las formas de consumo que han colaborado a la “fragmentación de la vida social”, a la “disociación del poder y de la autoridad en el plano político”, y a la correspondiente “fractura” entre el éxito personal y el progreso social.

Esta “fragmentación” del ciudadano se manifiesta y se percibe cada vez más en su capacidad, o no, de definirse a través de las múltiples mutaciones profesionales, cuando no se encuentran instituciones susceptibles de dar un sentido a la vida; en la capacidad de “dar la talla” en una sociedad en la que no se valora el talento individual, y sus competencias quedan demasiado rápidamente obsoletas; o en la dificultad de mantener “vínculos con el pasado”⁵¹.

Desde estos supuestos, su desafío no es otro que incitar a la “revuelta contra esta *cultura de la superficialidad* en la que el consumismo reemplaza a la política y los apañíos a las medidas sociales”.

Es cierto que los últimos cincuenta años fueron época de creación de riqueza sin precedentes en medio de una profunda desarticulación de “las rígidas burocracias gubernamentales y empresariales”; pero este crecimiento tuvo como “precio”, elevado en demasía, “mayor desigualdad económica y mayor inestabilidad social”.

Es precisamente aquí donde entra en juego “la cultura”: “¿qué valores y prácticas pueden mantener unida a la gente cuando se fragmentan las instituciones en las que vive?”. Porque, pese a todo lo que se diga e incluso se constate, son muy pocos los capaces de prosperar en condiciones sociales de inestabilidad y fragmentariedad; de improvisar el curso de su vida si se hallan faltos de instituciones, o si experimentan la corta vida de muchas de sus habilidades y se ven forzados a un reciclaje permanente que fuerza a olvidar los logros del pasado. En este caso, ese pasado, lejos de ayudar, pesa,

⁵¹ . R. Sennett, *La cultura del nuevo capitalismo*, ya cit., págs. 11-12.

tanto o más que los años que discurren. Hasta el propio “currículum” puede transformarse en “bien efímero”.

¿Cómo se mantiene, pues, y se vive la “dignidad del hombre en un mundo de desigualdad”?

En *La corrosión del carácter*, R. Sennett observa cómo el “nuevo modelo cultural”, que había surgido en los individuos de la clase media durante el *boom* de las industrias de alta tecnología, los servicios financieros y los medios de comunicación, lejos de enriquecer su pensamiento y su potencial, los acabaría identificando como “dominados por la sensación de que su vida había quedado a la deriva”⁵².

Y “a la deriva” es precisamente el título del primer capítulo de su libro; y en el mismo construye la más curiosa y compleja descripción de las transformaciones laborales y de su influencia en la conformación familiar y social de su entorno: Rico, el hijo del inmigrante italiano Enrico, portero de una finca urbana, había colmado sus aspiraciones convirtiéndose en ingeniero informático; se había casado con una compañera igualmente exitosa; e incluso se había acomodado y forzado a apoyar el futuro profesional de su consorte. Sin embargo, la *incertidumbre* y el *riesgo*, los grandes desafíos del trabajo, le atenazaban; al tiempo que trataba de disimular las responsabilidades de la empresa en su despido, que él mismo achacaba a una “crisis”, no propia ni de la empresa, que le forzaba a tomar una “decisión nueva”.

“Lo que hoy tiene de particular la *incertidumbre* – concluye Sennett- es que existe sin la amenaza de un desastre histórico; y en cambio está integrada en las prácticas cotidianas de un capitalismo vigoroso. La inestabilidad es algo normal... La consigna “nada a largo plazo” desorienta la acción planificada, disuelve los vínculos de confianza y compromiso y separa la voluntad del comportamiento”⁵³.

El “vínculo social” –dirá más adelante al tratar de reforzar el “nosotros”- surge básicamente de una sensación de dependencia mutua; pero todos los “dogmas del nuevo orden” tratan la *dependencia* como una condición vergonzosa... Dentro de las corporaciones modernas, no hay un lugar honroso para el servicio”⁵⁴.

Esta es, en la práctica, una de las razones que explica el ataque del régimen neoliberal al Estado de bienestar; y, sobre todo, su consideración de que cuantos

⁵² . R. Sennett, *Ibidem*, pág. 14. “A la deriva”: de cómo el capitalismo ataca el carácter”- así se titula el capítulo 1 de *La corrosión del carácter*, ya cit., págs. 13 y sgtes.

⁵³ . R. Sennett, *Ibidem*, pág. 30. “Creo que Rico sabe que es, a la vez, un hombre de éxito y un hombre confuso. El comportamiento flexible que le ha traído el éxito está debilitando su propio carácter en modos que no tienen una solución práctica” (pág. 31)

⁵⁴ . *Ibidem*, págs146-147.

dependen del Estado son “parásitos sociales” más que personas verdaderamente indefensas.

El “nosotros”, dirá más adelante, se ha convertido en un “pronombre peligroso”; sobre todo para los más pudientes, los que “viven cómodamente en el desorden empresarial, pero temen la confrontación organizada”⁵⁵. Temen el “resurgir de los sindicatos”; rechazan las “carreras” como caminos a través de los cuales la gente monta su vida de forma duradera y conocida; y procuran, en este mundo de información y comunicaciones de la más alta tecnología, que queden desconectados gracias, sobre todo, a la desconfianza, a la irresponsabilidad y a la anulación del compromiso. Se evita la “unidad” como fuente de la fuerza de una comunidad, y se llega falsamente a creer que, cuando surgen conflictos en una comunidad, los vínculos sociales están amenazados. Precisamente porque escasea el sentimiento y el clima de “comunidad”, los vínculos entre las gentes se desvirtúan⁵⁶.

“La democracia –matiza A. Giddens- es, quizá el principio activo más poderoso del siglo XX”; pero vive hoy, al igual que en los últimos veinticinco años, pese a ser lo mejor, una profunda paradoja: se expande por el mundo como la mejor solución y el mejor resultado para la convivencia; pero en las “democracias maduras” “existe una desilusión generalizada con los principios democráticos. Cayeron, más en los últimos años, los “niveles de confianza” en los políticos; vota menos gente, y dicen, sobre todos los más jóvenes, no tener interés en la política parlamentaria. No creen que los políticos sean capaces de controlar las fuerzas que mueven al mundo; y están quizás esperando que llegue la ocasión de *democratizar la democracia*.

La democracia, hoy, debe volverse “transnacional”, precisamente porque una “era globalizadota” requiere respuestas globales, y no los viejos mecanismos nacionales de poder y de gobierno. Los partidos políticos tendrán que acostumbrarse a colaborar más con los movimientos sociales, y, si quieren ver crecer su “veracidad”, deberán abrirse a los mismos y fomentar su actuación, dada su capacidad de vivir la vanguardia de los problemas.

⁵⁵ . *Ibidem*, pág. 154.

⁵⁶ . Cita a L. Coser (*Las funciones del conflicto social*), para explicar que “la gente está más unida por el conflicto verbal que por el acuerdo verbal”. En un conflicto hay que esforzarse más por comunicarse; precisamente porque las diferencias de opinión se suelen hacer más explícitas y más marcadas cuando las partes pueden llegar finalmente a un acuerdo: “la escena del conflicto se convierte en una comunidad en el sentido de que la gente aprende a escuchar y a reaccionar entre sí incluso percibiendo sus diferencias más profundamente” (pág. 150).

La *democratización de la democracia* depende, en fin, del “fomento de una cultura cívica sólida”, que no puede ser aventurada a las decisiones e intereses de los mercados. Entre Estado y mercado, la esfera de la “sociedad civil”, con la familia y las instituciones al frente, es la llamada a construir “una democracia de las emociones” como parte de una “cultura cívica progresista”. La esfera cívica puede ser fomentada por el sistema; pero es, al mismo tiempo, su base cultural. Economía, gobierno y sociedad civil deben marchar equilibradas; y deben sobre todo, *promover la democracia* por encima del Estado-nación:

En lugar de pensar en la democracia como una flor frágil que se pisotea fácilmente –concluye A. Giddens-, quizás debiéramos verla como una planta robusta, capaz de crecer incluso en terreno baldío... la expansión de la democracia está ligada a cambios estructurales de la sociedad mundial. Nada se consigue sin esfuerzo. Pero por la promoción de la democracia, a todos los niveles, merece la pena luchar. Nuestro mundo desbocado no necesita menos autoridad, sino más, y esto sólo se puede conseguir con instituciones democráticas⁵⁷.

⁵⁷ . A. Giddens, *Un mundo desbocado...*, ya cit., págs. 94-95. Merece la pena la lectura detenida de todo el capítulo V, titulado “Democracia”, págs. 81-95.